

## La oración en el Oriente cristiano

Card. Tomáš Špidlík

*Artículos publicados en la edición española de la revista mensual  
MAGNIFICAT desde enero de 2004 a enero de 2005*

### *La necesidad de la oración*

¿Estamos verdaderamente obligados a orar? ¿Se puede uno salvar si no reza nunca? Para demostrar la necesidad de la oración, los autores occidentales de la Edad Media han buscado “razones para su conveniencia”, y lo que más destacan es la incapacidad del hombre para determinar por sí solo su salvación. El eco de las discusiones contra el pelagianismo es perceptible en la presentación de la oración como una “ayuda” necesaria para vivir como cristiano. La perspectiva de los autores espirituales del Oriente cristiano es bastante más amplia; para demostrar que el cristiano tiene que orar, éstos no subrayan tanto la corrupción de nuestra naturaleza, cuanto su divinización originaria, su participación en la vida trinitaria, de la que deriva su carácter “dialogal” con el cielo.

El autor ruso Teófanos el Recluso prueba la necesidad “natural” de orar mediante el análisis de la tricotomía antropológica, tradicional en Oriente. El hombre se compone de tres partes: “La parte del cuerpo, la del alma, la del espíritu; cada una de ellas tiene sus necesidades y sus fuerzas, así como sus modos de ejercitarlas”. Si el cuerpo reclama aquello que necesita, no hay por qué negárselo. El alma despliega su actividad en el conocimiento, en el querer y en el ámbito del sentimiento. ¿Y el espíritu? Ora. Por esto puede llamarse a la oración la “respiración del espíritu”. A través de ella, “el Espíritu Santo penetra todo lo que hay en nosotros y vivifica nuestra intimidad”. Puede decirse, entonces, que “la oración es el barómetro espiritual que nos permite conocernos a nosotros mismos”. ¡Dime cómo rezas y te diré qué clase de cristiano eres! La oración es como “el espejo del monje” [T. SPIDLÍK, *La doctrine spirituelle de Théophane le Reclus. Le Coeur et l'Esprit*, (Roma 1965) 239ss; trad. ital. (Librería Editrice Vaticana, Roma 2004)].

Los Padres de la Iglesia muestran la necesidad de orar a partir de múltiples metáforas. La oración, escribe san Juan Crisóstomo, es “el puerto en la tempestad, el ancla de los naufragos, el tesoro de los pobres...; refugio en los males, fuente de fervor, causa de alegría, madre de la filosofía”. En otro texto, ella es “la luz del alma”, la fuente de la salvación, el muro que protege a la Iglesia, el arma contra los malos espíritus. Para los monjes, la oración es indispensable como lo es el agua para los peces o el arma para el cazador. En la edición etíope del “libro de los Padres”, la oración es “la esposa de los religiosos”. En el paraíso no llovía nunca, escribe san Juan Crisóstomo. Pero había una fuente, y de esta fuente se regaba el jardín para que diera flores y frutos. En el paraíso interior de nuestra alma existe una fuente parecida, y ésta es la oración. Por tanto, se puede decir que el hombre crece espiritualmente al orar. Un autor oriental reciente escribe: “Cuando la

oración se apodera de un hombre, ésta lo transforma progresivamente, lo espiritualiza como consecuencia de su unión con el Espíritu Santo”.

### *¿A quién va dirigida la oración? Al Padre del cielo*

A veces la gente se queda perpleja. ¿A qué santo tengo que dirigirme? Cuando he perdido algo, para encontrarlo, rezo a san Antonio de Padua. Santa Rita es la patrona en los casos desesperados, pero ¿y en los demás casos? Cuando alguien le preguntó esto a un sacerdote, éste respondió sonriendo: “Puede ser que la oración del Padrenuestro se dirija incluso a Dios Padre que está en el cielo”. En efecto, según la enseñanza cristiana, el hombre reza al Padre celeste por medio de Cristo en el Espíritu Santo. La oración es una elevación del Espíritu hacia Dios, una apelación dirigida a Dios, un diálogo con Dios. Sólo se puede conversar con una persona. A diferencia de los sistemas filosóficos, que nos presentan a Dios como una idea suprema del bien y la belleza o como una ley del universo, la religión nos presenta a Dios como una persona viva. En la Biblia este aspecto se hace muy explícito. Se trata de la revelación de un Dios que vive y reina; la Biblia no contiene tratados teóricos sobre Dios, no nos lo presenta como un objeto que se describe, no nos invita a hablar de Dios, sino a hablar a Dios, a escucharlo y responderle. No fue un razonamiento lo que condujo a Israel a llamar a Dios Padre suyo, sino una experiencia vivida. Los filósofos griegos llegaron al concepto de Dios mediante la observación del mundo. Está bien ordenado -en griego *cosmos* significa orden, belleza-, por lo tanto, debía existir un principio que lo ordena. Para expresar dicho argumento de un modo popular, hoy decimos que el universo es como un enorme reloj. Debe existir, por tanto, un sabio Relojero que lo custodie. La experiencia de los hebreos del Antiguo Testamento era distinta. Fue un pueblo que tuvo que pasar muchas penalidades, que estuvo amenazado por muchos enemigos poderosos y, sin embargo, siempre se salvó: los hebreos experimentaban que había alguien que les protegía, alguien de quien podían fiarse como de un padre. Jesucristo lleva a su culminación la reflexión hebrea sobre la paternidad de Dios. Él nos invita a vivir como un hijo que pide a su padre (Mt 7, 7-11), que le da confianza (6, 25-34). Por consiguiente, la vida de los fieles está marcada por la oración al Padre.

También los Padres de la Iglesia intuitivamente ven en el “Padrenuestro” la oración cristiana por excelencia. Un autor oriental actual trata de desarrollar esta idea detalladamente: “Los hijos nacen del padre: también los cristianos, renovados y hechos hijos de Dios por la gracia, nacen de Dios... En los hijos se descubren rasgos del carácter que se parecen a los del padre... El padre y los hijos se hablan recíprocamente con ternura... Del mismo modo, el cristiano no sería cristiano si no orase con devoción el Padre nuestro”. Si lo invocamos unidos a todos los santos, profesaremos que su paternidad es universal.

## Orar en el Espíritu Santo

En una octavilla contra la religión divulgada en Rusia tras la Primera Guerra Mundial, se trazaba la siguiente caricatura de la oración. Las orugas suben sobre las briznas de hierba queriendo alcanzar el sol. Pero, en cuanto suben un poco, la brizna se dobla y caen al suelo. ¡Qué vanos son los esfuerzos por alcanzar el cielo! Aunque sea formulada por los ateos, esta idea no es tan equivocada. ¿Acaso no leemos lo mismo en la Biblia, en la narración de la torre de Babel (Gn 11)? Sabemos que Platón definió la mejor filosofía como la elevación de la mente a Dios. Pero si Dios supera la inteligencia humana, y así se revela Dios en la Biblia, ¿cómo puede la mente creada subir hasta Él? Los Padres de la Iglesia, que retomaron la idea platónica de la filosofía como definición de la oración, llegaron a una importante conclusión: no es sólo la mente humana la que se eleva a Dios, sino que lo hace unida al Espíritu Santo. Hablar a Dios constituye una especie de inspiración porque en la oración, dice Orígenes, el hombre “es conducido por el Espíritu Santo de Dios”.

La acción del Espíritu en la oración nunca ha sido cuestionada por la Iglesia. Esta acción se ha plasmado explícitamente en las oraciones eucarísticas orientales. En ellas, después de las palabras de Cristo (“Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre”), se incluye una invocación (*epiclesis*) al Espíritu Santo, porque los autores eclesiásticos han querido acentuar el paralelismo que se da entre la encarnación y la consagración, ambas operadas en virtud del Espíritu Santo. Sin el Espíritu, la oración no podría realizarse en nombre de Jesucristo. Para Pablo, estar *en Jesucristo* (Rm 8, 1) es vivir *por el Espíritu* (Rm 2). El Paráclito es *el Espíritu de filiación que nos hace gritar: Abbá, Padre* (Rm 8, 15; Ga 4, 6). Dado que es el Espíritu de Jesús, el Espíritu une nuestra voz a la voz que el Hijo dirige al Padre. En la oración de la misa, el Espíritu hace que se repitan los gestos de Jesús, a la vez que perpetúa en la fracción del pan la acción de gracias de Jesús y vuelve a expresar la oración de Jesús pronunciada durante la última cena con los discípulos.

Al mismo tiempo, el Espíritu reúne las oraciones dispersas de los fieles en la única voz de la Iglesia de Cristo. Según san Basilio “él se concibe como un todo en sus partes, según la distribución de los carismas” o, como escribe Cirilo de Jerusalén, “es como la luz que en un solo rayo lo ilumina todo”. ¿Participan todos del Espíritu? Él es el don del bautismo, pero el grado de esta participación depende de la vocación y de la santidad personales. De esto se desprende que cuanto más santo sea uno, más fuerte y eficaz es su oración. Por este motivo la gente se dirige espontáneamente a las personas que considera santas, pidiendo su oración. Por esto, también nosotros debemos santificarnos, precisamente porque oramos.

## *Por nuestro Señor Jesucristo*

Las oraciones sacerdotales de la misa que concluyen el rito introductivo y preceden las lecturas presentan siempre la misma forma. Se dirigen al Padre (“Dios todopoderoso y eterno”), pero terminan: “Por nuestro Señor Jesucristo que vive y reina por los siglos de los siglos”. ¿Cómo podemos entender esto? ¿Quién es el que vive y reina por los siglos de los siglos? Es el mismo Padre, porque es todopoderoso y eterno. Sin embargo, sabemos por el Evangelio que Dios ha depositado todo su poder en las manos de su Hijo unigénito encarnado. Él es, escribe Pablo, *único mediador entre Dios y los hombres* (1Tm 2, 5ss). Por eso, para que sea escuchada la oración debe hacerse en nombre de Jesús, aunque primeramente se dirija al Padre.

En consonancia con esta antigua regla, Orígenes escribe: “Nosotros no oramos a Cristo, sino al Padre por medio de Cristo”. A menudo en la piedad popular, los fieles se dirigen directamente a Jesús, dado que Él es uno con el Padre. El diácono Esteban, cuando estaba siendo lapidado, repetía las últimas palabras de Jesús en la cruz, pero dirigiéndoselas a Jesús en lugar de invocar al Padre, tal como había hecho el Salvador. Así, decía: *Señor Jesús, recibe mi espíritu* (Hch 7, 59). Son muy frecuentes las invocaciones de Jesús por parte de los mártires. Sin embargo, éstos no decían simplemente “Jesús”, sino “Señor Jesucristo”. “Señor”, *kyrios* en griego, es el título divino. De este modo, se invoca a Dios que se ha encarnado en la humanidad. La fórmula *Kyrie eleison*, “Señor, ten piedad”, se ha hecho muy frecuente en la piedad cristiana. Es como si dijera: “Dios, que te has hecho hombre para la salvación de toda la humanidad, sálvanos también a los que ahora nos dirigimos a ti”.

En nuestros días, habitualmente se hacen comparaciones entre la oración cristiana y los métodos de oración empleados por otras religiones. Entonces, se plantea la siguiente cuestión: si se presentan como buenos, ¿podemos usarlos también nosotros? La respuesta es sencilla: podemos utilizar estos métodos si lo hacemos con la conciencia de que con ellos nos dirigimos al Padre por medio de Jesucristo, y si en su contenido no existe ninguna expresión que contravenga esta fe. La acogida de los sentimientos de Cristo hace del cristiano otro Cristo. *La imagen divina en nosotros*, escribe Gregorio Nacianceno, *es purificada con el luminoso modelo de lo alto*.

Justino, el antiguo apologeta de entre los Padres de la Iglesia, en su discusión con un rabino, escribe que cada oración tiene su fuente “en el sumo sacerdote crucificado”, que ha fundado su Iglesia “como casa de oración y de adoración”. La Iglesia es muy consciente de esta novedad. Jesucristo es el medio a través del cual Dios habla a los hombres, y el medio por el que la voz humana se eleva hacia Dios, participando, así, en el eterno diálogo entre el Padre y su Verbo.

## *¿Cómo definir la oración?*

“La oración es un estado del intelecto solamente consumado mediante la luz de la Santa Trinidad a través del éxtasis”. Ésta es una de las muchas “definiciones” de la oración que se encuentran en los escritos de los místicos. Se entiende que en las obras de los Padres encontramos muchas otras definiciones más sencillas. Son diversas, y sólo coinciden en una única afirmación: la verdadera naturaleza de la oración es inefable, el verdadero Maestro que enseña a orar es el Espíritu Santo. Sin embargo, esto no ha impedido que la mayor parte de la literatura espiritual se halle constituida por tratados sobre la oración y que no se trate de otras materias si no es en relación con la oración. A pesar de esto, de entre las numerosas definiciones, sólo se han hecho famosas tres: 1) petición a Dios; 2) elevación del espíritu; 3) diálogo con Dios.

Cuando se trata de describir las diversas formas y manifestaciones externas de la oración, los autores se muestran más espontáneos. Así, por ejemplo, el místico sirio Martirio Sahdona enumera una larga lista: “Asistencia al oficio, cantos de alabanza, impulsos del alma hacia Dios, gemidos emitidos ante Él, genuflexiones, oraciones de súplica, exclamaciones espirituales del corazón, efusión de lágrimas, fervor del Espíritu, llama de caridad, celo de pensamiento, contemplación que no se aparta de Dios”.

Pero parece que es más útil la división de la oración basada en el carácter tricotómico del hombre. Según la enseñanza de los Padres griegos, el cristiano se compone de tres elementos: cuerpo, alma y Espíritu Santo. En la oración, el hombre se dirige a Dios con todo su ser. Por eso, entran en acción los tres elementos, aunque no siempre en la misma medida, dándose una preeminencia de uno de ellos que se manifiesta de un modo más evidente. Esto justifica la siguiente división: 1) la oración corporal o vocal; 2) la oración mental; 3) la oración del corazón; 4) la oración espiritual. Estas divisiones sirven para describir mejor los distintos tipos de oración. ¿Qué tipo de oración se recomienda? Todos los maestros subdividen la enseñanza según el progreso de los discípulos. Tratan de establecer qué modo de oración es el que conviene a los principiantes, a los que han hecho ya algún progreso y a los perfectos. Pero el individuo se halla en diversas situaciones, dependiendo de su estado de ánimo y de las circunstancias externas en las que se encuentra momentáneamente. El arte espiritual consiste en la sabiduría de saber elegir el modo de oración que mejor responde a la situación en que se encuentra. Hemos de ser fieles a la oración como tal, pero no tanto a los modos de hacerla, de modo que tenemos de buscar más bien la mejor manera de entrar en contacto con Dios según el modo en que su providencia se dirige a nosotros.

## *¿Podemos elevar una petición a Dios?*

En las religiones primitivas, el motivo principal que mueve al hombre a orar parece que es la necesidad. Herido por los males, mediante sus invocaciones el hombre se esfuerza por despertar la atención de la divinidad. De aquí expresiones recurrentes como: “¡Óyenos! ¡Escúchanos! ¡Ten piedad!”, que conocemos por la Biblia y por toda la tradición cristiana. Los Padres y, en general, los autores cristianos, admiten esta situación: el sentimiento de nuestra miseria nos lleva a buscar la protección de Dios. “¿Dices que no necesitas orar? -escribe san Juan Crisóstomo- Pues lo necesitas porque crees que puedes hacer algo sin ella”.

Dirigiéndose a Dios que es Padre, libre de las necesidades de las leyes cósmicas, las hagiografías de los santos están llenas de relatos milagrosos. El objeto de estas narraciones no es estimular el deseo de los prodigios como tales o alimentar el gusto por lo excepcional, sino mostrar el ejemplo de los santos, con qué confianza y sencillez éstos se dirigían al Padre, expresando su parresía, su “hablar francamente con Dios”, que constituye la condición “natural” del hombre espiritual.

Para que sea escuchada, la oración debe hacerse en nombre de Cristo. Dios habla a los hombres por medio de Él y es mediante Él por el que la voz humana se eleva a Dios Padre. Requiere, por lo tanto, la unión de la voluntad de Cristo con la voluntad del que pide. Esto explica por qué algunas oraciones no son y no pueden ser escuchadas según nuestro parecer, y sin embargo son escuchadas según el criterio divino. De un modo sencillo se puede decir que si tú oras sinceramente, recibes siempre lo que pides o algo mejor que lo que has pedido. Desgraciadamente, no estamos siempre dispuestos a aceptar con alegría algo mejor que lo que pedimos. El místico Angelo Silesio escribe: “Como es grande, a Dios le gusta darnos cosas grandes. Desgraciadamente, tenemos el corazón demasiado pequeño para aceptarlas”. Por tanto Dios, bondad infinita, no puede escuchar las peticiones que contravienen su voluntad de salvar a todos.

Entonces, ¿cómo tenemos que recitar los salmos en los que se pide a Dios que castigue a nuestros enemigos? Según la interpretación de los Padres, estas expresiones, provenientes de la Ley Antigua, tienen un significado espiritual en el Nuevo Testamento: ahora nuestros enemigos son los malos pensamientos y las bajas pasiones que quieren apoderarse de nuestro corazón. Por tanto, oramos justamente para que el Señor los destruya. Hay que aniquilar el pecado, no al pecador. Porque Jesús ha venido para salvar a los pecadores, numerosos apotegmas confirman que la oración para el perdón de los pecados, formulada con el corazón, siempre es escuchada. Es lo que expresan los interminables *Kyrie eleison* de la liturgia y las oraciones penitenciales. Por eso, podemos recitar nuestra profesión: “Creo en el perdón de los pecados”. Dado que el pecado es el único verdadero mal, podemos decir que con nuestra oración preparamos el camino para el bien absoluto: la vida eterna.

## ***“Orad sin interrupción” (1Ts 5, 17)***

“No se nos ha pedido -dice Evagrio- trabajar, velar y ayunar constantemente, mientras que para nosotros es una obligación orar sin interrupción”. Los mesalianos sirios (una vertiente carismática exagerada) tomaron el mandamiento al pie de la letra, sosteniendo que orar significaba recitar oraciones; por ello rechazaban el trabajo manual. En Constantinopla había un convento de monjes que creían que llevaban a cabo la oración perpetua con la colaboración comunitaria mediante los turnos de diferentes grupos de monjes, de modo que en el convento siempre había un grupo que oraba. Por eso, la gente les llamaba *acemetos*, es decir, “los que nunca duermen”. Sin embargo, la solución clásica al problema, aceptada por la mayoría, aparece ya en Orígenes: “Ora sin cesar quien une la oración a las labores necesarias y las labores a la oración”.

Con todo, seguía sin resolverse la cuestión de cuál es la distribución correcta entre oración explícita y las obras. En los monasterios se desarrolló la disciplina de las siete horas canónicas, pero puede decirse que cada santo ha organizado los tiempos de oración de un modo personal. ¿Cuál es la razón de todas estas variaciones? La propuesta clásica hace de las labores una oración, pero esto supone que se trabaja con una buena disposición interior que nace y se alimenta de la oración explícita. Por ello, se recitaban los salmos durante el trabajo o se repetían frecuentemente algunas breves oraciones jaculatorias. Una de las más antiguas es la invocación: “Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme” (Sal 69, 2). Más tarde, se exalta la oración llamada “de Jesús”. Mediante estas “fórmulas de piedad” nace el “estado de oración” (*Katástasis*), esto es, una disposición habitual, natural, que merece llamarse oración en sí misma, independientemente de los efectos que produce más o menos frecuentemente. Se trata de una oración implícita que siempre está preparada para hacerse explícita: es el “estado del corazón”.

En Occidente, el Apostolado de la Oración ha propagado también este consejo: ofrecer a Dios el trabajo del mismo modo que se ofrece la misa por una intención determinada. Una octavilla popular lo explicaba de esta manera. Se ve la imagen de un cirujano que practica una difícil operación. Debajo se lee la inscripción: “¿Una gran tensión por los nervios? ¿Por qué? Por salvar la vida de un hombre. Ofrece tu trabajo a Dios y salvarás también su alma”. Otra octavilla presenta a una mujer que friega unas escaleras junto a la inscripción: “¿Cansada? ¿Por qué? Por tener limpia la casa. Ofrece tu trabajo a Dios y además colaborarás a purificar tu alma y la de los demás”. Hoy vivimos unos tiempos en que se aprecia la eficacia del trabajo. Necesitamos darnos cuenta de que también este trabajo debe convertirse en una oración eficaz para la salvación del mundo.

## *La oración del cuerpo*

Mediante la oración, el cuerpo, que por todas partes manifiesta las consecuencias del pecado, se hace “espiritual” y vuelve a encontrar de este modo su verdadera naturaleza. “Durante la oración –escribe un autor espiritual– gracias a la inefable misericordia de Dios... nuestro mismo cuerpo corruptible se dirige hacia la oración... Entonces, la totalidad del hombre se envuelve en la oración: también sus manos, sus pies y sus dedos participan de una forma inefable, pero completamente real y perceptible, de la oración, y son colmados de una fuerza que la palabra no podría expresar”. Una frase de Basilio a favor de la oración “corporal” torna como un leitmotiv: “Considera cómo las fuerzas del alma influyen en el cuerpo y cómo los sentimientos del alma dependen del cuerpo”. En un sentido paralelo escribe Orígenes diciendo que el hombre devoto “lleva también en su cuerpo la imagen de las disposiciones que convienen al alma durante la oración”. Estos dos aspectos vienen representados perfectamente a través de los ritos litúrgicos.

Heredadas del pasado y acogidas en un ambiente cristiano adquiriendo un simbolismo nuevo, ciertas actitudes corporales se han convertido en un lenguaje tradicional para expresar y suscitar sentimientos de oración: orar hacia Oriente, alzar las manos, hacer la señal de la cruz, arrodillarse... El uso de la señal de la cruz es una de las prácticas cristianas primitivas que más abundan en textos y monumentos. Desde el principio, los fieles atribuían al signo de la cruz una eficacia espiritual; era el signo con el que se consagraban las cosas santas, porque “todo lo que ha de ser santificado es consagrado con el signo de la cruz del Señor, con la invocación del nombre de Cristo” escribe san Agustín. Parece que entonces la señal de la cruz se trazaba con un solo dedo en lugar de con toda la mano. Es posible que se multiplicara sobre cada parte del cuerpo, sobre la frente, el pecho, la boca (como también hoy hacemos antes de la lectura del evangelio), en vez de hacer una sola señal que recubriera, por así decirlo, el cuerpo entero. La introducción de la fórmula actual se atribuye a los monjes del siglo VIII. ¿Se acompañaba el signo con una fórmula? Sin duda influirían las palabras del bautismo –“en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”– para que esta expresión de fe con la señal de la cruz se instaurara como constante y universal. Por eso, podemos afirmar que la señal de la cruz es una brevísima oración, que puede realizarse en cualquier circunstancia, y que posee a la vez un profundo significado. Hemos de apreciarla y hacerla de vez en cuando lenta y conscientemente, dado que con el uso frecuente todos los gestos externos pueden llegar a ser mecánicos y necesitan ser vivificados con el Espíritu.

## *La oración vocal*

En general, lo que se ha dicho sobre el valor expresivo del cuerpo se puede aplicar igualmente a la oración vocal. Tradicionalmente se dan dos posturas antinómicas, a favor o en contra de la oración vocal. No era necesario enseñar a los paganos recién convertidos al cristianismo que la oración se recitaba, pero había que hacerles comprender que el rezo de las fórmulas sin la disposición interior no era más que un elemento externo de poco valor. La oración cristiana no es una palabra mágica. La petición dirigida a Dios, dice Basilio, no está "circunscrita a las palabras" y no necesita "constituirse en sílabas".

La historia bíblica de Ana, madre del profeta Samuel, le permite a Juan Crisóstomo explicar esta doctrina. Ana oraba en presencia de Yahvé, pero para nada se oía su voz (1Sm 1, 13); entonces *ella fue escuchada no por el estruendo de su voz, sino por el clamor de su corazón*. Concluye Crisóstomo: "Si la oración cristiana requiriera la recitación oral, ¿cómo podríamos hacerla en todo lugar, en la plaza del mercado o durante el trabajo?".

Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por estas consideraciones de modo que creamos que los Padres no estiman demasiado la oración vocal. Se insiste en el sentido pedagógico de la recitación de las oraciones como preparación para la oración superior. Escribe un autor reciente que el lenguaje de la oración es un lenguaje especial que debe ser estudiado como toda lengua. Se comienza con la recitación de la oración y después se hablará libremente con Dios. Junto a estos motivos psicológicos, hay muchos autores que atribuyen una fuerza especial a las palabras de las oraciones eclesiales, una fuerza casi sacramental, sobre todo si las pronuncian personas santas o se recitan en la acción litúrgica común de la Iglesia.

Cuando hablan del *Logos* encarnado, los Padres hacen alusión a las teorías del lenguaje. En la comunicación humana, con las palabras nos comunicamos mutuamente nuestras ideas. Con las palabras, Dios nos comunica el misterio de su Palabra eterna. El don de la palabra dada al hombre se considera un reflejo de la acción divina mediante la cual el Padre engendra al Verbo. En la Iglesia, la palabra humana -un débil instrumento por sí sola- empleada en la oración participa de la fuerza divina mediante su unión con la Palabra por la que el mundo ha sido creado y salvado.

En la práctica, sin embargo, se impone la cuestión concreta: ¿cuántas oraciones vocales tenemos que pronunciar a lo largo del día? La respuesta de santo Tomás de Aquino es muy ecuánime. Compara la recitación de los textos con el acto de comer. Uno se alimenta en la medida de lo que el estómago digiere. También nuestras mentes muestran distinta capacidad de atención a los textos. Si ya no se es capaz de pensar más, se debe orar sólo con el corazón.

## *La oración litúrgica*

“Un estrecho vínculo -escribe V. Losskij- une el dogma y el culto, inseparables en la conciencia de la Iglesia” [*À l’image et à la ressemblance de Dieu* (París 1967) 193]. E.P. Evdokimov afirma: “Los dogmas definidos por los concilios ecuménicos entroncan por su formulación con el género doxológico; por ello, estas fórmulas entran tan fácilmente en el propio cuerpo de la liturgia y la articulan dogmáticamente” [En la colección de las conferencias *L’Esprit Saint et l’Église* (Librairie Fayard, Paris 1969) 83]. En la liturgia de la Iglesia aparece como “icono de Cristo”, pone de relieve los dos aspectos principales de toda imagen sagrada: enseñar los misterios de Dios y comunicar la gracia. La tradición oriental otorga a la liturgia un lugar privilegiado como “teología esencial”.

Oriente ha producido hermosas páginas sobre el carácter sagrado de la oración pública. Cuando intervenimos en ella, nos unimos a la Iglesia y participamos de su sacramentalidad. Desde este punto de vista, Sergej Bulgakov habla del “realismo de los ritos orientales” [*The Orthodox Church* (London 1935) 150]; B. Bobrinskij, de su “carácter eucarístico”, de modo que en Navidad, Jesús nace verdaderamente en las iglesias y en Pascua verdaderamente muere y resucita [En S. VERCHOVSKO], *Pravoslavie v Sizni* (Nueva York 1953) 244ss]. El carácter pedagógico y educativo de la liturgia se subraya de un modo particularmente eficaz en el escritor N. Gogol, en sus *Meditaciones sobre la divina liturgia*: las celebraciones unen nuestras mentes y actúan como una escuela para elevar el gusto cristiano, disciplinarlo y orientarlo. Admiramos el esplendor de las liturgias orientales. “La belleza de la casa de Dios, escribe S. Bulgakov, debe anticipar a los fieles la belleza del cielo”. La “dulzura de la Iglesia” debe irradiarse en las funciones litúrgicas para transmitir la impresión del “cielo en la tierra”. Del mismo modo se subraya el valor catequético de los ritos eclesiales. Creemos lo que rezamos. La liturgia es como una “teología esencial” o como un “icono vivo” que simbólicamente hace visibles los misterios de la fe.

“La ley para orar es la ley para creer” escribió en la antigüedad Próspero de Aquitania. En su *Comentario de la divina liturgia*, que puede considerarse un clásico, escribe Nicolás Cabasilas: “A lo largo de la liturgia, toda la economía de la obra de Cristo viene representada en el pan como en una tablilla de cera: en él vemos simbolizado al Cristo niño, al Cristo conducido a la muerte, crucificado y traspasado por la lanza; después asistimos a la transformación del pan en este cuerpo santísimo que verdaderamente ha soportado tantos sufrimientos, que ha resucitado, que ha ascendido al cielo y está sentado a la derecha del Padre”. En conclusión, los misterios de la salvación se conmemoran y se nos enseñan en la liturgia.

## *La lectura meditada*

Entre los actos de piedad que se realizan en los seminarios cada mañana, se encuentra la meditación. Un día, un joven oyó en algún sitio una objeción y se la contó al padre espiritual. Afirmó que el ejercicio de la meditación se había introducido muy tarde en los institutos religiosos. Los Padres de la Iglesia y los monjes antiguos no la habrían conocido y simplemente insistían en la lectura frecuente de las Escrituras. Esto valdría tanto para los religiosos como para los laicos. Entonces, ¿por qué los seminaristas y los religiosos tienen que añadir, con la meditación, algo más? ¿Qué puede responderse a esta observación?

Todos los autores espirituales están de acuerdo en el hecho de que es necesario hacer propia la verdad que se halla en los libros sagrados. Pero el sentido de la Escritura es espiritual. Por tanto, el verdadero sentido de un texto no viene solamente conocido a través del estudio, sino que se descubre aún más con la oración. Los discípulos preguntaban a sus padres espirituales cómo “escrutar las Escrituras”. Algunas formas de “meditar” los textos se han mostrado eficaces para preparar la iluminación del Espíritu.

El método más sencillo lo encontramos ya en la Regla de san Pacomio, en la que “meditar” significa repetir continuamente a media voz algunos textos bíblicos breves, aprendidos de memoria durante la lectura. Más recientemente, un autor oriental se aficionó a esta práctica, de la que escribe: “Se produce en el alma el mismo fenómeno que tiene lugar en los frutos corruptibles cuando se les introduce en azúcar. El azúcar penetra en todos sus poros, la dulzura los impregna y los preserva de la corrupción. Del mismo modo, cuando el alma se impregna bien de las palabras de Dios que ha retenido de memoria, entonces arroja hacia fuera la corrupción de los vanos o malos pensamientos y se llena de la dulzura del recuerdo de Dios”. Una vez que se afilian a un texto sagrado, nuestros sentimientos, por decirlo de alguna manera, “se visten” de la Escritura [*Qué es la vida espiritual* (en ruso) (Moscú 1897) 172].

Pero no es necesario dejarse seducir por estos textos hasta llegar a creer que con ello se desprecia toda meditación reflexiva sobre los textos de la Escritura y de la liturgia. El mismo autor no cree contradecirse cuando declara: “La vida según la voluntad de Dios es verdaderamente racional”, y propone un método práctico sobre cómo utilizar la razón en la meditación [*Manual de la moral cristiana* (en ruso) (Moscú 1895) 295.189]. En dicho método, coincide con los procedimientos de meditación que se proponen en los seminarios y en los institutos religiosos de Occidente. Su fundamento es sencillo. Cuando hablamos con los hombres, tratamos de comprender bien lo que nos dicen. Incluso queremos ponernos de acuerdo con ellos en las acciones comunes. En la Sagrada Escritura Dios es quien nos habla. Por tanto, debemos hacer lo mismo y con más diligencia, no sólo leyendo, sino “meditando” cada palabra. Sólo así se degusta su dulzura y se la acepta como regla que dirigirá nuestra vida.

## *La veneración de los santos*

Durante la Reforma surgieron diversas objeciones al culto de los santos, tan difundido entre los católicos. El argumento principal se puede presentar de esta manera: Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres (1Tm 2, 5), la elevación de la mente en la oración se realiza en el Espíritu Santo por medio del Hijo del Padre, y viceversa, toda gracia desciende del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo. Ésta es la “vía áurea” de nuestra salvación. ¿Por qué introducir la mediación de los santos? La objeción parece sólida, y sin embargo es fácil darle respuesta. Nuestra voz se dirige al Padre por medio de Cristo. Pero si nos preguntamos quién es Cristo, lo concebimos en su pleno sentido, es decir, no sólo como persona histórica, sino como Cristo en su cuerpo místico, en toda la Iglesia, sobre todo aquella que ya está en el estado glorificado. Los justos, en efecto, viven y reinan con Él. Si bien por una parte hemos apuntado las dudas de los protestantes, damos cuenta, por otra, de la tradición de la Iglesia oriental, que se muestra muy clara en este aspecto.

Las liturgias orientales invocan a Cristo “con la pura y bendita Virgen María, Madre de Dios, con los ángeles y con todos los santos” (conclusión de las oraciones bizantinas). La unidad en Cristo contiene solidariamente a todos los miembros de la Iglesia, celeste y terrestre. Por eso, los cristianos no pueden imaginarse a Dios y a Cristo sino en medio de los santos: la mediación de Cristo es el misterio del Cristo total en todos sus miembros.

En *Teología dogmática ortodoxa*, Makarij Bulgakov se pregunta cómo pueden escucharnos los santos del cielo, y hace una comparación con el don diorático de los santos que aún están en este mundo; añade: “¿Por qué no admitir que las almas de los justos en el cielo reciben de Dios el don de estar tan iluminadas de modo que pueden contemplar todo lo que sucede en la tierra a la luz de la persona de Dios?”. La piedad cristiana, escribe V. Losskij, se centra en lo que constituye el fin de nuestra salvación: la superación del abismo entre Dios y el hombre. Es por esto por lo que en la devoción de los cristianos, a una hipóstasis divina encarnada, Jesucristo, se añade una hipóstasis humana divinizada, María, que Gregorio Pálamas denomina “el límite entre lo creado y lo increado”.

Se habla del escatologismo de la Iglesia oriental. El misterio de María es una de las expresiones más eficaces de esta esperanza. Ella es el *eschatón* (fin) realizado en una persona creada antes del fin del mundo. Durante la Rusia prerrevolucionaria, en el calendario litúrgico se veneraban cerca de mil iconos de María bajo distintas advocaciones, como por ejemplo “nuestra Consolación”, “Providente”, “Ablandamiento de nuestros corazones perversos”, etc. La fiesta de la Protección de la Virgen (*Pokrov*), el 1 de octubre, se celebraba como una fiesta nacional. Entre las tradiciones poéticas marianas, la más rica es la etiópica. De esto los teólogos orientales concluyen que el culto de los santos no es sólo “facultativo”, como alguna vez han dicho los teólogos católicos, sino que forma parte integral de la piedad cristiana.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- T. ŠPIDLÍK, *La spiritualità dell'Oriente cristiano*. vol. I. *Manuale sistematico* (Cinisello Balsamo San Paolo 1995) 279-316; vol. II, *La preghiera secondo la tradizione dell'Oriente cristiano* (Lipa, Roma 2002) (donde se encuentra una reseña bibliográfica abundante).
- ID., *La preghiera presso i popoli slavi*, en *La preghiera* [R. Vocación, Ed.] vol. II (Roma 1967).
- I. HAUSHERR, *Hésychasme et Prière* (OCA 176, Roma 1966).
- I. HAUSHERR, *Les leçons d'un contemplatif. Le Traité d'oraison d'Évagre le Pontique* (París 1960).
- I. HAUSHERR, *Noms du Christ et voies d'oraison* (OCA 157, Roma 1960).
- AA.VV., *Contemplation, Dictionnaire de spiritualité* 2(1953) col. 1643-2193.
- AA.VV., *Prière*, *ibid.* 12,2 (1986) coll. 2196-2271.
- AA.VV., *Preghiera*, en *Dizionario degli Istituti di Perfezione* 7 (1983) col. 582-606.
- V. LOSSKIJ, *La teologia mistica della Chiesa orientale* (EDB, Bologna 1985).
- ID., *A l'immagine e somiglianza di Dio* (EDB, Bologna 1999).
- P. EVDOKIMOV, *L'Orthodoxie* (París 1959).
- A. HAMMAN, *La prière*, vol. II: *Les trois premiers siècles* (Tournai 1963) [trad. it. *La preghiera nei primi tre secoli* (Roma 1967)].